reCHERches

Culture et histoire dans l'espace roman

22 | 2019

Generación Romero Esteo

Líneas

Marilia Samper

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/cher/1132>

DOI: 10.4000/cher.1132

ISSN: 2803-5992

Editor

Presses universitaires de Strasbourg

Edición impresa

Fecha de publicación: 11 julio 2019

Paginación: 139-155

ISBN: 979-10-344-0046-1

ISSN: 1968-035X

Referencia electrónica

Marilia Samper, «Líneas», *reCHERches* [En línea], 22 | 2019, Publicado el 05 octubre 2021, consultado el 17 noviembre 2021. URL: <http://journals.openedition.org/cher/1132> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/cher.1132>

Tous droits réservés

Líneas

MARILIA SAMPER

1.

EL PADRE.— *(Al teléfono. Pitido de un contestador)* Soy yo... Me han dicho que tenía que avisar a mi familia. Tú eres mi familia... supongo... Me voy de aquí. Vuelvo a casa. Se me hace raro... después de tanto... Dicen que ya te lo han comunicado, pero que no han recibido respuesta. Bueno... Te llamaba para que lo supieras. Vuelvo a casa. O... Bueno... eso... Adiós... *(Cuelga.)*

LA MADRE.— *(Al teléfono)* Iván... Me acaba de llamar... Tu padre... No he contestado. Ha dejado un mensaje. Estoy que... Me tiemblan las manos. Sale mañana. Sí... *(Pausa)* No sabe donde vivimos. No... *(Pausa)* ¿Cómo voy a estar tranquila? Me tiemblan las manos... *(Pausa)* No le digas nada a tu hermana... No sé... No me importa. Iván... No le digas nada a tu hermana. *(Cuelga.)*

EVA.— *(Al teléfono)* Soy Eva... He oído la noticia en la radio... de papá... Papá ha salido de la cárcel. Tú lo sabías, ¿no? ¿Por qué coño no me has dicho nada?... Me he tenido que enterar por la radio *(Pausa)* ¡Me cago en la puta, Iván! ¡Me cago en la puta! *(Cuelga.)* ¡Hostia puta!

2. Hospital

IVÁN.— Eva... siéntate, por favor.

EVA.— No me apetece.

IVÁN.— Y a mí no me apetece tenerte ahí moviéndote de un lado al otro todo el tiempo. Me estás/

EVA.— ¡Venga ya!

IVÁN.— Me estás poniendo de los nervios.

EVA.— Si me lo hubieras dicho, esto no habría pasado.

IVÁN.— Eva...

EVA.— No estaríamos aquí si me lo hubieras dicho.

IVÁN.— No empieces.

EVA.— Ha sido por tu culpa.

IVÁN.— No es mi culpa.

EVA.— Ah, ¿no?

IVÁN.— Es su culpa.

EVA.— ¿Es su culpa que unos desgraciados lo hayan atacado de esa manera?

IVÁN.— Sí, es su culpa.

EVA.— ¡Venga ya, hombre!

IVÁN.— Él se lo/

EVA.— ¡Aaaaaaaahhhjjj! No me vayas a decir que se lo merecía porque/

IVÁN.— ¡No quiero ponerme a discutir eso aquí!

EVA.— Teníamos que haberlo recogido, haberlo llevado a casa... o... o a algún lugar, en vez de dejarlo solo por ahí, para que le acabaran haciendo lo que le han hecho.

IVÁN.— No quiero hablar de eso ahora.

EVA.— Tú nunca quieres hablar.

IVÁN.— No. (*Silencio*) Intenta tranquilizarte un poco, anda.

EVA.— Llevamos más de una hora y media esperando a que vuelva ese enfermero a decirnos qué está pasando. Si tarda cinco minutos más, te juro que me voy a poner a gritar.

IVÁN.— ¿Quieres que te traiga un café? ¿Agua?

EVA.— Quiero que alguien me diga de una puta vez cómo está mi padre.

IVÁN.— No sirve de nada que te pongas así. Tenemos que esperar y punto.

EVA.— ¡Joder!

IVÁN.— Eva...

EVA.— ¿Por qué ha tenido coño que pasar esto?

IVÁN.— Es el miedo.

EVA.— ¿Qué más quieren? Ya ha pagado lo suficiente. Se ha dejado media vida allí metido.

IVÁN.— ¿Y qué?

EVA.— No me puedo creer que tú pienses igual.

IVÁN.— Lo pienso.

Silencio.

IVÁN.— Nada podrá reparar nunca lo que hizo.

EVA.— Ya lo sé.

Silencio.

EVA.— Pero eso no/

IVÁN.— Nadie quiere tener cerca a alguien que ha hecho tanto mal, Eva.

EVA.— Es una persona. Ya ha sido castigado. Ahora tiene derecho a seguir viviendo... tener su lugar... ¿Tiene que pasarse el resto de su vida escondiéndose en cualquier agujero para que nadie lo vea?

IVÁN.— No lo sé. Me da igual.

EVA.— ¿Te da igual?

IVÁN.— No voy a/

EVA.— ¿Entonces qué haces aquí?

IVÁN.— Estoy aquí por ti.

EVA.— Yo no te he pedido que vinieras.

IVÁN.— Estoy aquí para cuidar de ti. Lo que pase con él... te lo juro... no me importa. Lo que me importa es cuidarte a ti y que/

EVA.— Iván, en serio... cállate.

Aparece un enfermero.

ENFERMERO.— Por el momento el pronóstico de su padre es bueno. Ha superado bastante bien la operación y se encuentra estable. Podréis pasar a verle después de/

EVA.— ¡Dos horas!

ENFERMERO.— ¿Perdone?

EVA.— Llevamos aquí casi dos horas esperando que volvieras a decirnos algo. Nadie/

IVÁN.— Eva... no.

EVA.— Nadie ha tenido la decencia de decirnos qué coño estaba pasando.

ENFERMERO.— Bueno, hemos estado atendiéndole. Como le he dicho antes, hemos tenido que intervenirle/

EVA.— ¿Es así como tratáis a toda la gente?

ENFERMERO.— ¿Qué?

IVÁN.— Déjalo, de verdad, Eva...

EVA.— ¿Es así como tratáis a toda la gente o es solo a nosotros por ser los hijos de un asesino?

ENFERMERO.— Discúlpeme, pero/

IVÁN.— No pasa nada, de verdad. Es que está muy nerviosa. Perdónenos. Nosotros no/

EVA.— ¡Sí que pasa! ¡Claro que pasa! Nos hemos comido unos cuantos kilómetros de carretera para venir aquí. Llevamos aquí plantados desde las tres de la tarde. Ahora son casi las cinco, y en todo este tiempo no se nos ha informado de nada. De nada. ¿Y ahora llegas tú, como si nada, y me dices dos cosas... *nosequé* de que le habéis operado, sin ni siquiera mirarme a la cara? Las cosas no se hacen así. Operan a mi padre y nadie ni si quiera nos avisa.

IVÁN.— ¡Eva, para!

ENFERMERO.— Mire, entiendo que usted/

EVA.— No. Ya te digo yo que no tienes ni idea de lo que sucede donde se está donde estoy yo. Así que ahora te vas a tomar tu tiempo, me vas a mirar a mí... y a mi hermano, no al suelo, y me vas a explicar todo lo que le estáis haciendo a mi padre.

ENFERMERO.— Muy bien.

EVA.— ¿Cuándo voy a poder verlo?

ENFERMO.— Ahora mismo está dormido.

EVA.— No me importa.

ENFERMERO.— Acompáñame, entonces.

EVA.— ¿Vienes conmigo, Iván?

IVÁN.— ¿Yo?

EVA.— A ver a nuestro padre. ¿Vienes?

IVÁN.— Hace veinte años que dejé de tener un padre, Eva.

EVA.— Está bien. Entonces yo iré a ver al mío.

3. Habitación de hospital

Eva está mirando a su padre, que está dormido en la cama. Entra el enfermero y se detiene al verla. La observa sin saber muy bien cómo reaccionar.

ENFERMERO.— Puedes tocarlo también. No te va a morder.

EVA.— ¿Cómo?

ENFERMERO.— Perdona... no...

EVA.— No me había dado cuenta que estabas aquí.

ENFERMERO.— Sí. Ya... No sabía si...

EVA.— Me has asustado. Un poco.

ENFERMERO.— Estabas tan quieta.

EVA.— Sí.

ENFERMERO.— Pensé que... a lo mejor... rezabas o...

EVA.— ¿Rezaba?

ENFERMERO.— Sí.

EVA.— ¿La gente reza todavía?

ENFERMERO.— Algunos lo necesitan. A su manera casi todo el mundo lo hace.

EVA.— No sé si he rezado alguna vez en mi vida. Creo que no.

Silencio.

EVA.— Antes yo...

ENFERMERO.— Tranquila.

EVA.— Estaba muy nerviosa.

ENFERMERO.— Lo entiendo.

EVA.— Lo siento mucho.

ENFERMERO.— Tranquila.

EVA.— Todo esto es... tan raro.

ENFERMERO.— Llevas todo el día aquí metida. Deberías irte y descansar un rato.

EVA.— No quiero que esté solo cuando se despierte.

ENFERMERO.— Está aún bajo el efecto de la anestesia. Va a tardar un buen rato.

EVA.— De todas maneras no quiero dejarle solo.

ENFERMERO.— Está bien.

EVA.— Quizás... de alguna forma, él pueda... no sé... sentir que hay alguien aquí, a su lado.

ENFERMERO.— Es muy difícil que podamos saberlo.

Silencio.

EVA.— Cuando yo era muy pequeña algunas noches me daba miedo dormir, porque pensaba que me podría pasar algo... no sé... morirme tal vez... o algo así... no sé... esas cosas de los niños. Él se sentaba en una silla al lado de mi cama y me acompañaba mientras yo me iba durmiendo. De vez en cuando abría un ojo y lo veía ahí, mirándome. Eso me calmaba. Me dormía y sabía que él estaba ahí. Que si me pasaba algo... no estaba sola... que él me salvaría. Incluso dormida sabía que él estaba y que me salvaría.

ENFERMERO.— ¿Por eso estás ahí mirándolo todo el rato?

EVA.— No sé... *(Pausa)* En realidad creo que intento reconocer en ese hombre a mi padre. Hace tanto tiempo que no lo veía que... Es él... claro que sí... pero lo miro y me cuesta creer que sea el mismo hombre que recuerdo.

ENFERMERO.— Ahora mismo está bastante inflamado por las contusiones y por todos los medicamentos que le estamos dando. Es normal que/

EVA.— Sí, pero... no es solo eso.

Silencio.

ENFERMERO.— Puedes tocarlo.

EVA.— ¿Qué?

ENFERMERO.— Sus manos... los brazos... No tiene heridas ni golpes importantes en esa zona. Estás viendo todo el tiempo un cuerpo, y nada más. El cuerpo solo es muy poca cosa, no es casi nada de lo que es una persona. Si lo tocas a lo mejor encuentras la persona a la que estás buscando y empiezas a verlo a él también.

EVA.— ¿Seguro? No le...

ENFERMERO.— No pasa nada. Puedes tocarlo sin miedo.

Eva roza con los dedos la mano de su padre, pero se aparta bruscamente.

ENFERMERO.— ¿Qué pasa?

EVA.— No me gusta tocarlo. (*Pausa*) No me gusta. Él no... Ha hecho cosas... horribles, ¿sabes? Él...

ENFERMERO.— Sí, lo sé.

EVA.— No quiero tocarlo. No me gusta. Me da...

ENFERMERO.— No pasa nada.

EVA.— Me da... no sé...

ENFERMERO.— No pasa nada. No tienes por qué/

EVA.— ... asco.

Silencio.

ENFERMERO.— No te preocupes.

EVA.— Mi padre me da asco y miedo. Mi padre. Es alguien a quien realmente no conozco en absoluto. No lo conozco. Por más que lo mire no lo conozco. Podría ser cualquiera. Un hombre cualquiera. Pero sé que es mi padre. Solo que no es el padre que yo recuerdo. Es el padre que me han estado recordando mi vida entera. El hombre que yo recuerdo, el que me miraba mientras me dormía y éste que está aquí, solo tienen en común eso, una palabra: padre. Una palabra que ni siquiera sé muy bien ya qué es lo que significa. Pero, por todo lo demás, tengo la sensación de que son dos personas completamente diferentes.

ENFERMERO.— No tienes que sentirte mal por eso. Es normal lo que te pasa.

EVA.— ¿Tú crees?

ENFERMERO.— Sí. No es fácil.

EVA.— No.

ENFERMERO.— Tengo que hacerle las curas. Necesito que salgas un momento.

EVA.— Preferiría quedarme.

ENFERMERO.— No es posible. Además no es agradable.

EVA.— No me asustan las heridas.

ENFERMERO.— Tienes que salir fuera.

EVA.— Eres la única persona que me ha hablado con un poco de simpatía desde que estoy aquí. Nadie, ni siquiera el médico que me lo ha explicado todo me ha mirado a la cara. Nadie ha sido amable. Solo tú. (*Pausa*) ¿Es por él, no...? ¿...por lo que es?

Silencio.

ENFERMERO.— Bueno...

EVA.— Gracias. De verdad.

ENFERMERO.— Te queda mucho por delante. Vete un rato a casa.

Eva sale.

4. Casa. Se oye música de la radio

LA MADRE.— Eva, apaga esa radio.

EVA.— La estoy escuchando, mamá.

LA MADRE.— Me molesta ese ruido.

EVA.— A mí no.

LA MADRE.— ¿Por qué nunca haces nada de lo que te pido?

EVA.— Todo el tiempo estoy haciendo lo que tú quieres. Déjame por una vez hacer lo que yo quiero.

La madre apaga la radio.

EVA.— ¿Por qué la has quitado?

LA MADRE.— Me va a estallar la cabeza con ese cacharro sonando todo el tiempo.

EVA.— Solo es un poco de música.

LA MADRE.— No me gusta la música.

EVA.— No hay nada que te guste.

Silencio.

LA MADRE.— Necesito que me compres tabaco.

EVA.— Ahora no puedo.

LA MADRE.— ¿Por qué estás de tan mal humor?

EVA.— Estoy igual que siempre.

LA MADRE.— Me quedan muy pocos cigarros. Necesito que me compres un par de cajetillas por lo menos.

EVA.— Tengo prisa, mamá. Te he dicho que no puedo.

LA MADRE.— ¿Qué es lo que tienes que hacer?

EVA.— Voy a salir.

LA MADRE.— Pues compra tabaco y me lo traes a la vuelta.

EVA.— ¿Por qué no vas y te lo compras tú?

LA MADRE.— No me gusta salir a la calle, ya lo sabes.

EVA.— Pues deberías hacer un poco de esfuerzo, mamá. Y no depender de que yo esté ahí todo el tiempo para hacértelo todo.

LA MADRE.— ¿Por qué estás así? Yo... No estoy bien.

EVA.— Ya sé que no estás bien.

LA MADRE.— Yo no tengo la culpa de/

EVA.— Sí, mamá, tú no tienes la culpa... no tienes la culpa... lo sé.

LA MADRE.— No me hables de esa manera.

EVA.— Vale.

LA MADRE.— Parece que te dé totalmente igual que yo/

EVA.— Vale. Perdona. Okey. Entendido.

LA MADRE.— Es imposible decirte nada.

Silencio.

LA MADRE.— ¿A dónde tienes que ir?

EVA.— ¿Qué pasa, mamá? ¿Qué quieres?

LA MADRE.— Ya lo sabes.

Silencio.

EVA.— Voy a ir al hospital.

LA MADRE.— ¿Qué tienes que hacer allí? Ya fuiste ayer. Fuiste, lo viste, ya está.

EVA.— Quiero estar cuando se despierte.

LA MADRE.— ¿Por qué tienes que hacer eso? ¿Qué te importa ese hombre?

EVA.— Es papá.

LA MADRE.— Olvidate de él. Olvida que existe, igual que hemos hecho hasta ahora. Todo esto me destroza los nervios. Tiemblo... todo el tiempo, Eva, casi no puedo tenerme en pie. No tengo fuerzas. Todo esto me hace mucho mal. ¿Eso es lo que quieres?

EVA.— Mi padre está afuera. No podemos hacer como que no está pasando. Alguien tiene que ocuparse de él.

LA MADRE.— Sabía que algún día esto iba a pasar. Lo sabía.

EVA.— De alguna manera u otra, todos lo sabíamos. Solo que no hemos querido pensarlo.

LA MADRE.— No vayas, Eva, por favor. Deja las cosas tal y como están.

EVA.— Voy a ir. Quiero ir.

Silencio.

LA MADRE.— No quiero saber nada de él. No quiero que me cuentes nada.

EVA.— Está bien.

LA MADRE.— Tampoco quiero que le hables de mí.

EVA.— No lo haré.

LA MADRE.— No le digas donde vivimos. No le digas nada.

EVA.— ¿Algo más?

LA MADRE.— Tráeme tabaco cuando vuelvas.

5. Hospital. Cafetería

IVÁN.— Estás cansada. Se te nota en la cara.

EVA.— Sí. Estaba loca por un café.

IVÁN.— ¿Te pido otro?

EVA.— Tú ni siquiera has tocado el tuyo.

IVÁN.— En realidad no me apetece. Tómatelo tú. Aunque ya debe de estar medio frío.

EVA.— Da igual.

IVÁN.— Deberías descansar, en lugar de estar metiéndote cafeína en el cuerpo.

EVA.— No puedo, Iván. El coco me va a mil por hora. Pienso en tantas cosas que... Es tan curioso... Estar con él, después de tantos años, sin saber qué decirnos, y con tanto que no podemos decirnos. Los dos lo sabemos. Por eso tal vez aceptamos el silencio como algo natural. A ratos me habla sobre cualquier cosa. Tonterías. Pero lo hace de una manera que... no sé... es agradable. No me pregunta nada. Me deja que sea yo la que le cuente lo que sea. Cuando le he dicho que soy profe de piano se ha emocionado. Supongo que no se imaginaría nunca que podría hacer algo así, con lo brutota que era de pequeña. Creo que nunca me había parecido importante lo que hago hasta que lo he visto a través de sus ojos.

IVÁN.— ¿Hasta cuándo va a durar esto, Eva?

EVA.— ¿Cómo?

IVÁN.— Todo esto. Tienes que cortarlo ya. Te estoy viendo. Te estoy oyendo hablar de él... cómo lo haces... y no me gusta. No.

EVA.— Sé que no estás de acuerdo, que por si por ti fuera lo abandonarías y le dejarías que se muriera o se pudriese o... pero yo no puedo. No puedo, te lo juro que/

IVÁN.— Se nota que tú/

EVA.— No, tío, déjame hablar, ¡coño! ¿Sabes que la mayoría del personal del hospital se niega a atenderlo? No quieren acercarse a él. Están deseando quitárselo de encima. Todo el mundo se siente incómodo de que esté aquí. Apenas ese enfermero que viene algunas veces lo trata como a cualquier otro. Y veo esto y no puede evitar pensar que si yo no estuviera, él estaría totalmente solo.

IVÁN.— Tú no tienes ninguna responsabilidad con un hombre que nos ha jodido la vida.

Silencio.

EVA.— ¿A ti no se te ocurre nunca pensar que también es nuestro padre? Porque él siempre lo fue. Hasta aquél día, cuando se lo llevaron. Siempre se comportó con nosotros como un padre. Nunca nos hizo nada malo.

IVÁN.— ¿Ah, no? ¿Y todo lo que nos dejó, Eva? El horror de saber todo lo que había hecho, el miedo y el rechazo de los demás. Tú eras pequeña, y no te dabas cuenta de todo lo que pasaba... Pero yo... yo tenía diecisiete... y me quedé sin amigos. Tenía que aguantar los insultos de mis compañeros de clase. Casi cada día alguien del instituto se liaba a hostias conmigo. Y tenía que agachar la cabeza y aguantar. Porque si intentaba defenderme, en seguida me comparaban con él. Y no quería ser como él. No quería tener que ver nada con él. He tenido que meterle los dedos en la garganta a mamá después de que se hubiera tragado una caja entera de pastillas, para hacerla vomitar. Él nos rompió, a los tres. Nos ha costado un infierno volver a ser personas. Ya no soy aquel chaval que tenía que ir por el mundo con la cabeza

gacha. Ahora tengo mi vida, tengo familia, tengo a mis hijas. No quiero que vuelva a quitarme todo lo que he conseguido. En eso es en lo único que puedo pensar.

Silencio.

EVA.— De acuerdo.

IVÁN.— Y tú también deberías pensar más en tus cosas. ¿Desde cuando no vas a trabajar?

EVA.— Tú has tomado tu decisión, Iván. Yo he tomado la mía. Ya está. Ahora voy a subir a hacerle compañía. Dile a mamá que esta noche tampoco dormiré en casa.

IVÁN.— Eva... Mamá está/

EVA.— Gracias por el café.

6. Hospital

EVA.— ¿Está...?

ENFERMERO.— Se ha dormido ahora mismo.

EVA.— He bajado un rato a la cafetería. Necesitaba tomarme un café.

ENFERMERO.— Ha estado esperando a que llegaras, pero se le iban cerrando los ojos. Es la medicación. Dormir le hace bien. Le ayudará a recuperarse pronto.

EVA.— ¿Sabes? Estos días aquí... con él... han sido... Sé que sonará un poco... En el fondo me gustaría que durase más.

ENFERMERO.— Eres la primera persona que conozco desde que trabajo aquí capaz de sentirse a gusto metida en una habitación de hospital. La gente normalmente quiere irse lo antes posible.

EVA.— Supongo que tienen fuera un lugar mejor donde estar. Yo... en fin... mi casa es un desastre. Y él... ¿Adónde va a ir? Está viejo. Está cansado. Ni siquiera tiene una casa. Ni siquiera sé si podrá llegar a tenerla.

ENFERMERO.— Bueno... Ahora tú eres su casa. Mientras esté cerca de ti estará en casa.

Silencio.

EVA.— Sí, supongo que yo soy lo único que tiene ahora mismo.

ENFERMERO.— Y eso es mucho más de lo que crees.

Silencio.

EVA.— Me gusta hablar contigo. La verdad es que eres la única persona que últimamente me habla con un poco de amabilidad.

ENFERMERO.— A mí también me gusta hablar contigo.

7. En las afueras de la ciudad

EVA.— Toma, tu cocaola. Y este es tu... No, espera, este bocadillo es el mío, el tuyo es el que lleva atún. He comprado también unas patatas fritas.

EL PADRE.— Ummm... creo que la cocaola es una de las mejores cosas de este mundo. Sería capaz de beber solo cocaola durante el resto de mi vida.

EVA.— Nada te lo impide. Aunque seguramente terminarías con una úlcera de estómago del tamaño de una casa.

Silencio.

EL PADRE.— Todo esto es tan diferente a como era antes. Hasta el aire se respira diferente. El mundo cambia. ¡Caray! Sí que cambia. Hace unos días, cuando salí a la calle por primera vez después de tanto tiempo, tuve miedo, ¿sabes? Tenía la sensación de que todo era muy rápido: el paso de la gente, la velocidad de los coches... Todo. Y yo pensaba: no voy a ser capaz de seguir este ritmo. Todo era nuevo y terrorífico. Y me di cuenta de que yo ya no pertenecía a este mundo. Pero la cocaola... la cocaola sigue siendo la misma. Solo por la cocaola ya merece la pena enfrentarse a toda esta locura, a esta velocidad desesperante, aunque tenga que pagar el precio de una futura úlcera de estómago.

EVA.— (*Ríe*) Estás como una cabra.

EL PADRE.— Sí, supongo que después de tanto tiempo lejos de todo, me he vuelto un poco loco. (*Silencio*). ¿Sabes qué es lo que realmente he echado de menos? El mar. Todos estos años pensaba que, lo primero que haría cuando saliera sería darme un baño en el mar, y luego sentarme en la playa y quedarme allí, todas las horas del mundo, mirando cómo va cambiando de color, hasta convertirse en el espejo de la luna. Soñaba con eso. Allí dentro todo es lo más opuesto al mar. Es como un desierto de cemento y de alambrada. Es un paisaje que te seca por dentro. Te acabas acostumbrando, y vas viviendo así, seco, día tras día, esperando a que pase ese día y el siguiente... Pero algunas veces, algo te recuerda que estás vivo, ¿sabes? En esos momentos necesitaba ver el mar. Y entonces me acordaba que cuando tú eras pequeñita señalabas al cielo con tus dedos redonditos y decías que el cielo era otro mar allí arriba. Y veías pulpos y ballenas en las nubes. Así que yo solo tenía que echar la vista hacia arriba para encontrarme un enorme océano sobre mí. Podía incluso sentir el olor a sal en el aire. Y si cerraba los ojos, verte a ti y a Iván, saliendo del agua, riendo como locos y venir corriendo hasta parar en mis brazos. Eso me hacía reconciliarme con la vida.

Silencio.

EVA.— ¿Sabes qué? Creo que antes de seguir hacia nuestro destino, vamos a dar un rodeo.

EL PADRE.— ¿De verdad?

EVA.— Hoy ya no te hará falta soñar el mar.

8. Pitido de contestador

IVÁN.— (*Al teléfono*) Eva... ¡Joder! Coge el teléfono, por favor. Contéstame. ¡Por el amor de Dios, Eva! Mamá está... ¿Cómo se te ocurre? No te imaginas todo lo que se me ha pasado por la cabeza cuando he ido a buscarte al hospital y me dicen que

ya os habíais marchado. Casi me da algo, te lo juro. No podía... No me lo podía creer. Eva... me cago en la puta. ¿A dónde pensáis ir? ¡No eres consciente de que...? Esto es una... ¡Hostia, puta! Dinos algo, por favor. Dime algo, por lo menos. No nos tengas así. Si quieres irte... Vale, ya está. No quieres dejarlo solo. Está bien. Pero desaparecer así... No decirnos nada. Eva... Entiendo que estés enfadada conmigo... por todo lo que hemos dicho. Vale... Pero tienes que contestarme, joder. Al menos déjame saber que estás bien. Llámame. ¿vale? Yo volveré a llamarte dentro de un rato. Contéstame, por favor. Por favor, Eva. Te llamaré. (*Cuelga.*)

Pitido de contestador.

LA MADRE.— (*Al teléfono*) Hija... (*Silencio*) No sé si... No sé si no quieres contestarme. No entiendo por qué no estás aquí, en casa. No puedo dormir. Me paso toda la noche pensando y pensando en... Estoy peor. Todo esto me ha puesto aún peor. No tengo fuerzas para nada. Hasta la luz me hace daño. Tengo que estar a oscuras. Igual que hace años. ¿Te acuerdas? Teníamos que vivir a oscuras porque la luz me destrozaba. Las persianas siempre bajadas. Las dos estábamos allí, en aquella oscuridad, respirando aquel mismo aire. Nuestro único paisaje era el sofá, la cama, la mesa, la taza, las sillas... nada que pudiera existir afuera de aquel apartamento. Todo lo de afuera me hacía daño. Pero cuando nos mudamos y por fin dejamos atrás todo para irnos a un lugar donde no éramos nadie, recuerdo que dijiste... me acuerdo muy bien... dijiste: no quiero nada muerto a mi alrededor. Supongo que te referías a mí. Y por eso llenaste todo de plantas, de flores pequeñas, de raicillas que crecían y que estallaban en hojas verdes y brillantes. Las plantas llegaron, y con ellas la luz y el aire y la vida. Y pienso... si tú no estás... ¿quién cuidará las plantas? Yo no tengo fuerzas. Acabaré por matarlas. Ya les he quitado la luz y el aire. La luz me hace daño. Se morirán de sed, de oscuridad. Se morirán de desatención. Y eso me... me... (*Suena un pitido que indica que el tiempo del mensaje ha terminado.*)... Creo que... creo que se ha cortado. No sé... Yo... Eva... (*Cuelga.*)

Pitido de contestador.

EVA.— (*Al teléfono, muy despacio, agotada*). Iván... ¡Iván!... Te estoy... ¿Dónde estás? Necesito que vengas a por mí. Estoy cerca de la frontera... En una estación de servicio. Necesito que vengas. ¿Dónde estás? Te estoy llamando... Yo te estoy... Llámame... ¿vale? Estoy bien... No ha pasado nada. Solo que yo... No he podido... No... Me he quedado sin dinero. No tengo nada.. yo... Necesito que vengas a por mí... necesito que me lleves de vuelta a casa. (*Cuelga.*)

9. Cafetería de una estación de servicio en la carretera

IVÁN.— ¿Estás bien? (*Silencio.*) Eva...

EVA.— Sí.

IVÁN.— Dime algo, por favor. Llevas callada desde que estamos aquí.

EVA.— No tengo ganas de hablar.

IVÁN.— He conducido cuatro horas como un loco desde que escuché tu mensaje, sin saber qué coño te estaba pasando. Así que haz el favor de/

EVA — Ahora no, Iván.

IVÁN.— Primero desapareces sin decir nada y ahora te encuentro en la quinta puñeta sin nada encima. Dime algo, por el amor de Dios... porque me estoy...

EVA.— No, por favor...

IVÁN.— ¿Te ha hecho algo?

EVA.— No.

IVÁN.— ¿Te ha hecho daño?

EVA.— Joder, Iván. No

IVÁN.— ¿Te ha dicho algo que...?

EVA.— ¡Por favor!

IVÁN.— ¿Qué es lo que ha pasado, Eva?

EVA.— Estoy cansada.

IVÁN.— Me da igual. Yo también lo estoy. También estoy hecho polvo con todo esto. ¿Te crees que estoy tranquilo? ¿Que duermo a gusto por las noches? Hostia, puta. Llevo semanas viendo venir cómo se va todo a la mierda, cómo todo lo que nos ha costado tanto conseguir, se fuera derrumbando poco a poco. Marcharnos a otro lugar, empezar de cero, cambiar nuestros nombres... No nos ha servido de nada. Llega él, y lo destroza todo. Otra vez a ser observados y juzgados por lo que él ha hecho. No sabes las cosas que les dicen a mis hijos los hijos de los otros. Igual que nosotros cuando éramos pequeños. Volvemos a estar malditos. Y no he podido hacer nada para pararlo. Sabía lo que iba a pasar, y no podía hacer nada. Él vino a robarnos de nuevo nuestras vidas... Y también vino a robar a mi hermana, porque ella.. porque tú decidiste ser la hija buena, la que tiene un corazón tan grande como para perdonar. Tú decidiste ser la hija buena y yo me convertí en el hijo inútil, que no es capaz de resolver todo este desastre, porque hacer lo que hubiera tenido que hacer hubiera significado hacerte daño a ti.

EVA.— No podías hacer nada, Iván.

IVÁN.— Podía haberte prohibido entrar en ese hospital.

EVA.— No podías.

IVÁN.— Podía haberte dado la espalda y dejar de preocuparme por ti. Y preocuparme por mí.

Silencio

EVA.— Pero no lo has hecho.

IVÁN.— No puedo.

EVA.— ¿No?

IVÁN.— Llevo toda la vida dejando atrás las cosas. Ya no quería perder nada más. Tampoco ha servido de mucho. Te fuiste. Y ahora estás aquí y no sé por qué ni si...

EVA.— A veces hay que dejar que las cosas pasen. Es la única manera de... Yo no soy la hija buena. Te equivocas. No lo soy. Me hubiera gustado pensar que sí. Pero la bondad no es nada más que un comportamiento, no es una condición. Yo vi en él la bondad, Iván. Lo vi.

IVÁN.— Has visto lo que tú querías ver.

EVA.— No lo sé. Te lo juro. Era tan de verdad... Su delicadeza, su ternura conmigo...

IVÁN.— ¿Y por qué estás aquí, ahora?

EVA.— Porque no fue suficiente.

IVÁN.— ¿El qué no fue/

EVA.— Porque yo... ¡Aaaahhj! Es igual... tenías razón. En todo. Punto.

IVÁN.— No, Eva... Joder... Habla... Dime... ¿Qué es lo que ha pasado?

EVA.— Él me hacía sentir bien, ¿sabes? Diferente.. no sé... libre... tal vez. Por primera vez había elegido algo por mi misma. Siempre he estado sometida a las elecciones de los demás. Y él me necesitaba... Era incluso... una aventura... no sé... y con él me sentía protegida, como se supone que los hijos se sienten protegidos por sus padres. Íbamos en el coche cargados de bolsas de patatas y chokolatinas que nos íbamos comiendo. Mirando en los mapas los lugares donde nos gustaría ir. Hablábamos de tonterías, de cosas sencillas... sin importancia. Las dos veces que nos paramos en algún pueblo a estirar las piernas y a tomar algo me di cuenta de que la gente nos miraba y que... no sé... nos evitaba. Una camarera fue bastante desagradable cuando nos atendió. Yo me enfadé. Él agachaba la cabeza y no decía nada. No iba a ser fácil... al menos aquí... pero tenía la esperanza que cuando cruzáramos la frontera seríamos dos extraños, y nada importaría. Nadie nos conocería, y podríamos encontrar un lugar tranquilo donde estar. Nos imaginábamos en alguna aldea pequeñita... en Francia. Y eso me hacía feliz, Iván. Hacía tiempo que nada me ilusionaba tanto. Estuvimos conduciendo hasta que se hizo de noche. Quería llevarlo a ver el mar. Intentábamos evitar las rutas donde transitara mucha gente. Así que, cuando ya no pudimos más, nos paramos al lado de un camino para dormir un poco. Salimos a respirar el fresco. Todo estaba tan tranquilo, tan silencioso. La luna era apenas un hilo muy fino colgado del cielo. El resto era oscuridad. Estábamos allí, en medio de aquella inmensidad, debajo de un techo de estrellas, callados. El viento hacía crujir la hierba. Tenía que apartarme los mechones del pelo que se me metían en los ojos. Era precioso. Precioso. Esa sensación de... tanta calma. Casi no podíamos vernos el uno al otro de tan oscuro que estaba. Él era solo una mancha negra a mi lado, sin cara. Solo oía su respiración, ahí cerca. Y entonces noté un frío aquí, en la nuca, de repente, que me traspasó todo el cuerpo. Oía su respiración y eso me iba poniendo cada vez más incómoda. Como si... Tengo que salir un momento...

IVÁN.— ¿Cómo?

EVA.— Me estoy ahogando aquí dentro.

IVÁN.— Vale... Tranquila...

EVA.— ¡No puedo respirar!

Eva sale al exterior. Él también sale y se acerca a ella.

IVÁN.— ¡Hostia puta, Eva!... ¿Por qué estás así?

EVA.— Yo también tracé la línea. Solo que no lo sabía... pensaba que no lo había hecho... que yo era capaz de... de perdonar. Pero me di cuenta en ese momento. No podía verlo, pero le oía respirar. Y por primera vez, Iván... por primera vez tuve miedo... Miedo de ese desconocido. Miedo del que todos tienen miedo. Él se dio cuenta. Notó el miedo en mí, como un perro. Y no dijo nada. Y yo no dije nada. Porque ya no tenía nada que decir. No podía... Se me metió el miedo en los huesos... y con el miedo se me metió también el odio. Nos quedamos allí, en silencio, hasta que se hizo de día. Luego lo llevé hasta la frontera. Me bajé del coche, le di las llaves y el dinero que llevaba. Él lo comprendió. Tampoco dijo nada. Ni siquiera nos dijimos adiós. Ni siquiera adiós.

IVÁN.— Lo has ayudado mucho más de lo que se merecía.

EVA.— No sé, Iván. *(Pausa)* ¿Qué es lo que se merecía?

IVÁN.— Ya está, Eva... Se ha ido... ya está lejos... de todo esto. Se apañará... de alguna manera. Lo hará.

EVA.— Ya lo sé.

IVÁN.— No te preocupes más, entonces. Sécate esas lágrimas. Él va a estar bien.

EVA.— No lloro por él. *(Pausa)* Lloro por mí.

IVÁN.— Tú has hecho todo lo que podías.

EVA.— Siempre marcamos una línea. Siempre. Al parecer tiene que ser así. Es lo que nos enseñan. Una línea... ahí... dividiendo las cosas. Uno mira al mundo y traza una línea, mira a la gente.. y traza una línea. Incluso sobre uno mismo trazamos una línea. Todo nuestro horizonte son líneas. Y da igual que la borres... y que pase el tiempo y la hayas olvidado, y ya ni la veas... Dentro de ti hay algo que sabe que ahí colocaste una línea y que a cada lado le pusiste un nombre, y siempre, lo quieras o no, será un territorio dividido... Y tú vas a tener que decidir de qué lado vas a estar. *(Pausa)* He hecho lo mismo que todos los demás. Me he quedado en el lado más cómodo. He puesto una línea... Y lo he dejado a él en el otro lado. Y no tengo suficiente amor para atravesarla. *(Pausa)* Podemos practicar la bondad siempre en nuestro lado de la línea. No somos capaces de llevarla más allá.

Silencio.

IVÁN.— No te culpes por eso, Eva. No es por ti. Es imposible ir en contra de todo. *(Silencio.)* Vámonos a casa, anda. Vamos a olvidar todo esto. Vamos a dejarlo atrás y vamos a intentar ser los que éramos.

EVA.— Hace muchos años que dejamos de ser los que éramos.

IVÁN.— Lo sé. Pero lo intentaremos. Como siempre.

10. Hospital

ENFERMERO.— ¿Qué haces aquí? Pensaba que...

EVA.— He vuelto. (*Silencio.*) En realidad, no llegué a irme. Lo intenté, pero...

ENFERMERO.— Entiendo.

EVA.— Pensé que... Muchas veces he pasado por delante del hospital con la intención de buscarte y decirte hola. Pero... bueno... hoy me he animado a entrar. Qué suerte haberte encontrado.

ENFERMERO.— ¿Y...? Bueno... ¿Qué tal va todo?

EVA.— No exactamente como me gustaría. Está siendo todo un poco difícil después de todo lo que ha pasado. Me he quedado sin mis clases de piano. Parece ser que los padres no se sienten cómodos con que sus hijos estén cerca de mí. Así que ahora estoy sin trabajo. Tengo demasiado tiempo libre y eso no... En realidad todo el mundo se ha ido alejando bastante. Ya solo puedo charlar con las moscas que entran a visitarme, y con una pequeña araña que cuelga del techo de la cocina.

ENFERMERO.— Algún día la gente se olvidará de todo esto, ya verás. Podrás volver a llevar la vida que tenías.

EVA.— No lo sé, la verdad. La gente no olvida fácilmente. Hay cosas que no. Es algo que aprendí hace muchos años; cuando deciden apartarte, lo hacen para siempre.

ENFERMERO.— Lo siento mucho.

EVA.— Yo... Me he acordado mucho de nuestras conversaciones, así que...

ENFERMERO.— Bueno... la verdad es que ahora mismo no puedo entretenerme. Estoy trabajando.

EVA.— Ya, ya... Tal vez podríamos vernos en otro momento, cuando hayas terminado. Tomar un café y/

ENFERMERO.— Mira es que... ahora mismo estoy...

EVA.— No tiene por qué ser hoy. No sé... cualquier otro día.

ENFERMERO.— No creo que sea buena idea.

Silencio.

EVA.— Entiendo.

ENFERMERO.— Tal vez más adelante... no sé... tal vez...

EVA.— Cuando la gente se olvide de todo esto.

Silencio.

EVA.— Bueno... supongo que... Adiós, entonces.

ENFERMERO.— Espero que... Espero que te mejoren las cosas.

EVA.— Yo también lo espero.

11.

EL PADRE.— (*Al teléfono*). Me gusta saber que estás ahí. Aunque no quieras hablar, aunque no digas ni una palabra. Saber que estás ahí, me pone contento. Por eso te llamo. No tengo mucho que contar. Voy tirando. Tengo lo poco que necesito. Estoy bien. No sé si te interesa que te cuente mucho. (*Silencio*). Te oigo respirar, muy suave. Oigo el sonido de metal de tus pendiente contra el auricular. Me gusta, me hace sentir en tu compañía. (*Silencio*). Ahora tengo un amigo, un perro callejero que viene cada mañana a mi puerta. Le doy algo de comer, me siento en el bordillo y le acaricio un rato. Es simpático. Me mira. Los dos nos miramos. Se queda un rato, enroscado a mi lado. Luego se marcha, vete a saber dónde. (*Silencio*). Tu respiración es muy suave, como un vientecillo. ¿Sabes? Aunque no digas nada, tu respiración me responde. Por cómo respiras sé lo que me estás diciendo. Me gusta llamarte. Me gusta escucharte respirar. Eso me calma. No hace falta que digas nada. Solo tu respiración, hasta que oigo el “click” de que has colgado. Es el momento de la semana que me hace más feliz. Esperar que pasen los días para llamarte y oírte ahí, cerca de mi oreja, respirando.

Silencio muy largo.

Cuelga.